

La ciencia como acción política de la clase obrera **Bases del Centro para la Investigación como Crítica Práctica***

El ser social de la clase obrera: la conciencia libre como forma concreta de la conciencia enajenada

La historia natural humana¹ es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el resto de la naturaleza, a fin de transformarlo en un medio para sí. En otras palabras, el desarrollo del ser humano como sujeto histórico es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico,² para producir la conciencia respecto de cualquier proceso histórico.

El modo de producción capitalista empieza por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal, convirtiendo a los productores en individuos libres. Luego, le da a cada fragmento especial del trabajo social la forma concreta de trabajo privado realizado con independencia respecto de los demás. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. Al ser realizado de manera privada e independiente³, el trabajo abstracto socialmente necesario -simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice⁴ y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rija a ésta⁵ adquiere una forma social históricamente específica. Una vez materializado en sus productos, dicho trabajo aparece representado como la aptitud de éstos para relacionarse entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores privados e independientes.⁶ Esto es, se representa como el valor que determina a los productos del trabajo social realizado privadamente como mercancías.⁷

Necesitada de producir su relación social general a través de la producción material, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo social se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía; como cuestión de su propia vida o muerte, debe producir valor. El productor de mercancías se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente de las potencias sociales de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a los atributos sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo

* Estas bases han sido extraídas del libro *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia* de Juan Inigo Carrera, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003.

¹ Marx, Carlos, *El capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. XV.

² Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 303.

³ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 9-10.

⁴ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 5-6, 11 y 13.

⁵ Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 37.

⁶ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 37-38.

⁷ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 5-6.

social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social. El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencias revolucionarias históricamente específicas que las que obtiene de su propia relación social general, o sea, de la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía no es sino la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y su voluntad revolucionarias.⁸

La clase obrera se constituye a sí misma como tal en su relación necesariamente antagónica con el capital por la venta de la fuerza de trabajo por su valor. Pero el desarrollo de sus potencias revolucionarias específicas no se limita al desarrollo de la subsunción formal del trabajo en el capital. A través de la producción de plusvalía relativa -esto es, del abaratamiento de la fuerza de trabajo por la constante revolución técnica que multiplica la productividad del trabajo aplicado a la producción de sus medios de vida- el trabajo se

⁸ “No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser”. Marx, Carlos en Marx, Carlos y Federico Engels *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1971, p. 51.

encuentra realmente subsumido en el capital.⁹ Aun como clase obrera y en su proceso de consumo individual, los obreros son atributo del capital,¹⁰ que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia.¹¹ El capital rige hasta la ley de su reproducción biológica.¹² Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de que se trata de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

La transformación capitalista de la materialidad del trabajo y del trabajador

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Esta revolución no se limita simplemente al carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria mecanizada. Con el desarrollo del sistema de la maquinaria, el capital revoluciona la naturaleza material misma del trabajo. El trabajo va dejando de consistir esencialmente en la aplicación consciente de la fuerza y pericia humanas sobre la herramienta, para hacer que ésta actúe sobre un objeto, transformando así el valor de uso del mismo. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación del gasto consciente de cuerpo humano al ejercicio del control científico sobre las fuerzas naturales, y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de descargar automáticamente dichas fuerzas naturales sobre la herramienta, haciendo que ésta actúe transformando el valor de uso del objeto del trabajo.¹³

Luego, el productor de mercancías tiende a ser un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres -en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida, que consecuentemente se les enfrentan como una potencia social ajena-, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo, pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y la voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.

Universalidad y fragmentación capitalistas de la subjetividad productiva del obrero

El modo de producción capitalista tiende a determinar al obrero como un sujeto social cuya libertad se desarrolla en tanto la materialidad de su propio proceso de trabajo, regido de manera enajenada, lo va transformando necesariamente en el portador de una conciencia científica, vale decir objetiva y, por lo tanto, libre, que apunta hacia un alcance universal. Y, así como el capital va borrando de la materialidad del proceso de trabajo las particularidades

⁹ Marx, Carlos, *El capital*, op. cit., pp. 426-27.

¹⁰ Marx, Carlos, ibíd., p. 482.

¹¹ Marx, Carlos, ibíd., p. 487.

¹² Marx, Carlos, ibíd., pp. 534 y 544.

¹³ Marx, Carlos, ibíd., p. 425. Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 2, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 227-230 y 236-237.

que corresponden a la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre los objetos, va universalizando los atributos de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, va universalizando las condiciones de su reproducción, o sea, los atributos del consumo humano.

Claro está que el modo de producción capitalista realiza esta transformación en tanto la organización consciente de la producción social es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto esa organización consciente es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto material, que se ha convertido en portador de la relación social general; en tanto se trata de la socialización del trabajo privado. De modo que el capital sólo puede desarrollar las potencias y necesidades universales de los sujetos del trabajo social a través de su contrario, o sea, a través de mutilar y fragmentar constantemente la universalidad de la fuerza de trabajo.

Con su socialización privada del trabajo, el capital revoluciona la materialidad del proceso de trabajo del modo visto, a expensas de fragmentar la fuerza de trabajo social al determinar la subjetividad productiva del obrero de la gran industria de tres modos contrapuestos.

En primer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera que participa en el obrero colectivo como portadora del desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general inherente al desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero esto no quiere decir que el capital avance simplemente en él. Por el contrario, para empezar, el capital mismo contrarresta constantemente su propia tendencia histórica general, convirtiendo cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un atributo objetivado en la maquinaria. Con lo cual logra simplificar el trabajo, no ya meramente manual sino intelectual, que ejerce dicho control. Al mismo tiempo, en el proceso de expansión de su subjetividad productiva enajenada, el obrero colectivo se extiende hasta tomar a su cargo la coacción sobre sí mismo y la representación general del capital. La relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior del obrero colectivo y, en consecuencia, al interior de la propia clase obrera. Los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, trabajadores forzados para el capital social, miembros de la clase obrera. De donde, aun la parte de la clase obrera que el capital determina como portadora directa del desarrollo de la subjetividad productiva se encuentra mutilada en su capacidad para conocer su propia determinación como sujeto enajenado de la producción social. Por lo tanto, el capital mutila a esta parte de la clase obrera en el ejercicio mismo de la potencia histórica para la cual la constituye: el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la organización consciente objetiva del trabajo social. Esta mutilación de la conciencia objetiva -que la torna en forma concreta de su contrario, la conciencia enajenada-, sólo puede estar portada por la forma misma del método científico que la produce. Sólo puede ser producto, pues, de que el método científico sea, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de su contrario, la ideología.

En segundo lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice del control objetivado de las fuerzas naturales, o sea, en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir,

con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca a masas enteras de este tipo de obrero del proceso directo de producción. Y hace otro tanto con el obrero parcial aún sujeto a la división manufacturera del trabajo. Reemplaza lo que era la intervención necesaria de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción por la habilidad objetivada en una máquina. Así y todo, a la par que cada salto técnico expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión. De modo que el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad regido por la producción de plusvalía relativa mediante el uso de la maquinaria lleva en sí su propia negación. Lo hace en tanto multiplica la población obrera a la que, lejos de desarrollarle su subjetividad productiva, necesita reproducir con una subjetividad productiva cada vez más degradada.

En tercer lugar, la acumulación de capital en base a la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación social general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte. De este modo brutal, el capital resta el aporte de masas crecientes de la población obrera al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

La unidad mundial de la acumulación de capital se realiza bajo la forma de procesos nacionales independientes. Esta forma, ella misma manifestación concreta del carácter privado del trabajo, agudiza la fragmentación de la clase obrera basada en la diferenciación de su subjetividad productiva. La acumulación mundial toma así forma en la constitución de un número restringido de naciones en donde el capital tiende a ubicar el tipo de trabajo que expande los atributos productivos del obrero. Al mismo tiempo, el desarrollo pleno de la unidad mundial determina a otros países como ámbitos de acumulación limitados por la producción de ciertas mercancías. Esta producción nacional se basa en la presencia relativamente favorable de condicionamientos naturales que afectan la productividad del trabajo y no son controlables por el capital. En estos ámbitos nacionales, la acumulación de capital desarrolla su especificidad en torno a la apropiación de la renta de la tierra. Los terratenientes y los capitales medios que se acumulan, en base a esta apropiación, liberados de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, son socios en la misma.¹⁴ La acumulación de capital determina a un tercer tipo de ámbito nacional como localización de los procesos productivos que requieren esencialmente una fuerza de trabajo degradada en sus atributos productivos y determinada como población obrera sobrante latente o estancada. Por último, la unidad mundial de la acumulación de capital no deja a otros países más potencialidad que el ser reservorios de población obrera sobrante consolidada.

Sobre la base de esta diferenciación nacional, el capital actúa en contra de su tendencia histórica hacia la universalización de las condiciones en que reproduce a los obreros de la gran industria. Lo hace al asociar las diferentes subjetividades productivas de los órganos especializados del obrero colectivo con las diferentes condiciones de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional. Luego, suma a su capacidad de explotación, la exacerbada

¹⁴ La Argentina es una de las expresiones más plenas de esta especificidad. Ver al respecto: Iñigo Carrera, Juan, "La acumulación de capital en la Argentina", Documento del CICP, Buenos Aires, 1998, "Crisis y perspectivas del capitalismo argentino", Realidad Económica, N° 171, 2000, p. 52-75 y *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen 1. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

competencia internacional que impone entre los fragmentos nacionales de la clase obrera. La cuestión acerca de la forma de la unidad que la clase obrera necesita oponer a su doble fragmentación por el capital se encuentra en la base misma de la cuestión acerca de las formas de conciencia capaces de organizar su acción política.

La razón histórica de existir del modo de producción capitalista

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la socialización creciente del trabajo privado, o sea, la reproducción del modo de producción capitalista, toma forma concreta en la negación de ese desarrollo a través de las mutilaciones que necesariamente impone sobre la subjetividad productiva de toda la población obrera. Esta forma concreta bajo las cuales el modo de producción capitalista desarrolla las fuerzas productivas del trabajo social libre bastan para poner en evidencia que no se trata de la forma social acabada de ese desarrollo. Se trata de una modalidad histórica específica que lleva en sí la necesidad de su propia superación.

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo de producción capitalista: la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado. Esta contradicción inmanente al modo de producción capitalista es la que lo hace llevar en sí la necesidad de superarse a sí mismo, engendrando en su propio desarrollo la organización consciente general de la producción social.

La centralización del capital como propiedad enajenada de la clase obrera

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo -que al mismo tiempo implica su socialización directa- desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.¹⁵

La socialización completa del trabajo privado, esto es, la centralización absoluta del capital como propiedad de un estado mundial, es el curso necesario de la acción política de la clase obrera como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero este no es su verdadero fin. Después de todo, una sociedad en donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encontrara en manos de los obreros asalariados, y el capital fuera una propiedad colectiva de estos mismos

¹⁵ Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, sería la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Aquí, la separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Estos medios se le enfrentan al obrero directamente -esto es, ya sin necesitar la mediación de la figura del capitalista- como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina.

La organización consciente, o sea libre, de la vida social

El carácter privado del trabajo quiere decir lisa y llanamente que la conciencia libre que organiza cada unidad del trabajo social se encuentra privada de controlar sus propias potencias sociales. Estas se le presentan invertidas como el poder social que impone sobre ella su producto -el capital- para corporizar la unidad general del trabajo social. En tanto la conciencia libre personifica necesariamente este poder social que pertenece a su producto, se encuentra determinada como conciencia enajenada.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica -es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad- al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

El límite absoluto al desarrollo capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad reside en esta negación del dominio pleno sobre las propias potencias del trabajo social. Por lo tanto, la barrera capitalista última al desarrollo de las fuerzas productivas reside en la mutilación que le impone a la conciencia libre su determinación como forma de existencia de la conciencia enajenada. La superación de esta barrera implica necesariamente la aniquilación del trabajo privado como modo de organizarse el trabajo social, dando curso a la organización consciente general de este trabajo.

Este paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social. Lo que hace es aniquilar al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin. La nueva relación social general tiene por forma concreta la conciencia y voluntad mediante las que el trabajador se determina a sí mismo de manera inmediata como órgano individual del trabajo social. La plenitud de la libertad no se limita ya simplemente a la ausencia del sometimiento del individuo al dominio personal de otro. Se ha desarrollado como la conciencia objetiva plena respecto de la propia individualidad como portadora de las potencias productivas sociales. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del

proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.¹⁶

Las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista no brotan de la realización del “derecho”, la “justicia”, o la “igualdad” ante la “antinatural” injusticia y explotación capitalistas;¹⁷ ni de la realización de la “dialéctica de la eticidad”;¹⁸ ni del “aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia”;¹⁹ ni de que la mera relación antagónica entre explotadores y explotados en la lucha de clases genere una abstracta acumulación de experiencia;²⁰ ni de la autonomización de la lucha de clases respecto de su determinación como forma concreta necesaria de la socialización del trabajo privado;²¹ ni de la autonomización de la conciencia de la clase obrera respecto del capital, sea de manera relativa mediante la producción de una “doctrina” revolucionaria,²² sea mediante su “autovalorización”;²³ ni de la “democratización” del capitalismo en un aparente empate entre la conciencia abstractamente libre y la conciencia abstractamente enajenada mediante el “socialismo de mercado”;²⁴ ni de la producción de una conciencia obrera capaz de seguir desarrollándose por su cuenta más allá del agotamiento del desarrollo de las fuerzas productivas;²⁵ ni de la necesidad de evitar la “barbarie” ante la imposibilidad mecánica de la reproducción del capital;²⁶ ni de esta imposibilidad mecánica misma;²⁷ ni de la resistencia de la población obrera sobrante para el capital en su lucha desesperada por sobrevivir.

Cada una de estas supuestas razones presupone que la conciencia obrera se impone por sí sobre la propia determinación del ser social de la clase obrera como atributo del capital. Todas ellas constituyen, por lo tanto, inversiones idealistas. Y a todas ellas es necesario oponer un enfoque materialista. El modo de producción capitalista no es sino la forma en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas materiales mediante la acelerada socialización del trabajo libre -o sea, mediante la gestación y el avance de la organización consciente del trabajo social por los propios productores directos- al poner a la multiplicación misma de dicha socialización como el objeto inmediato de la producción y el consumo sociales. De modo que esta modalidad de organización de la producción social se pone en acción con el fin inmediato de reproducir esta misma modalidad de organización en una escala cualitativa y cuantitativamente ampliada. De ahí su necesidad específica de revolucionar la materialidad misma del proceso de trabajo, transformándolo en el ejercicio de las facultades humanas para subordinar las fuerzas naturales a su control consciente ejercido como una potencia

¹⁶ Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 1, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1971, p. 85.

¹⁷ Berstein, Eduard, *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966, p. 157. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, London, 1985, pp. 180-181.

¹⁸ Habermas, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Taurus Ediciones, Madrid, 1982, p. 67.

¹⁹ Mezaros, István, *Marx's Theory of Alienation*, Merlin Press, London, 1986, pp. 188-189.

²⁰ Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 83.

²¹ Holloway, John, “The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle”, Werner Bonefeld y John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London, 1991, p. 100.

²² Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx* (título original: *Pour Marx*), Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1968, pp. 142-181.

²³ Negri, Antonio, *Marx au-delà de Marx*, Christian Bourgois Éditeur, Paris, 1979, p. 182.

²⁴ Schweickart, David, *Against Capitalism*, Cambridge University Press, New York, 1993. Roemer, John, *A Future for Socialism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994.

²⁵ Trotsky, León, *El Programa de Transición*, Ediciones Política Obrera, Tigre, s/f, pp. 5, 7-8 y 42-44.

²⁶ Luxemburg, Rosa, *La acumulación de capital*, Editorial, Buenos Aires, 1968, pp. 332 y 384.

²⁷ Grossmann, Henryk, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 121.

directamente social. Pero también de ahí que los productores directos se enfrenten al producto de su propio trabajo libre como el portador de la organización de la producción social que se les impone como una potencia ajena que los domina; o sea, como la negación misma de su organización consciente del trabajo social, como capital. Por lo tanto, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente la materialidad del proceso de trabajo de una manera que encierra la necesaria superación de su propia reproducción. Sólo por estar plenamente determinada como atributo de su propio producto material enajenado, y por conocerse plenamente en esta determinación suya como forma necesaria de avanzar en la socialización consciente del trabajo, la acción revolucionaria de la clase obrera es la expresión plena actual de la acción liberadora.²⁸

La conciencia obrera como negación de la negación de la conciencia libre

La necesidad inmanente al modo de producción capitalista de desarrollarse hasta superarse a sí mismo en la organización consciente general de la producción social nos pone de inmediato ante el proceso de desarrollo de la conciencia. La conciencia capaz de organizar al proceso de producción social en su integridad debe haber alcanzado la potencia inherente a la plenitud del conocimiento objetivo, esto es, necesita ser una conciencia plenamente libre. Pero ella no puede alcanzar esta condición como fruto de la superación ya realizada del modo de producción capitalista. Al contrario, esta superación es el fruto del pleno desarrollo de la conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia plenamente libre debe ser necesariamente el producto más genuino del propio modo de producción capitalista. Más concretamente aún, debe ser necesariamente el producto del sujeto social que el modo de producción capitalista determina objetivamente como el portador de su propia superación, resultante de la misma acción en que dicho sujeto da cuerpo a esta superación. En síntesis, la conciencia en cuestión sólo puede desarrollarse como el producto de la acción política de la clase obrera en el proceso de superar al modo de producción capitalista. Y esta acción tiene, por forma concreta necesaria, al avance en la socialización del trabajo privado mediante la centralización del capital como propiedad social enajenada, como propiedad del estado. La conciencia de la clase obrera portadora de la superación del modo de producción capitalista sólo puede desarrollarse como un momento concreto necesario de dicho proceso de centralización del capital.

Pero la conciencia de la clase obrera está determinada como atributo del capital y, por lo tanto, como forma de la conciencia enajenada. Ante todo, la conciencia libre de la clase obrera es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Es, pues, la negación de la conciencia libre bajo la apariencia de ser una conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia portadora de la superación del modo de producción capitalista no puede desarrollarse como la abstracta afirmación de la conciencia libre de la clase obrera. Sólo puede desarrollarse como la conciencia libre de la clase obrera que se determina a sí misma como una conciencia enajenada que avanza en la negación de su propia enajenación. O sea, como una conciencia cuya libertad reside en determinarse a sí misma como la negación de la negación de la conciencia libre.

La ciencia del capital como pura forma de la producción de plusvalía relativa, o sea, la representación teórica

²⁸ Engels, Federico, *El Anti-Dühring*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967, pp. 122-123.

La necesidad del capital respecto del conocimiento científico enfrenta una contradicción. Para acrecentar la plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria, el capital se ve impulsado a someter toda la producción y el consumo a la ciencia. Pero, en tanto el conocimiento científico es simplemente la forma concreta de la producción de plusvalía, la ciencia ha de reproducir la enajenación de la conciencia humana en el capital. Al mismo tiempo que debe ser una conciencia objetiva, necesita ser una conciencia que se enfrente a sí misma de manera no objetiva, aceptando la apariencia de ser una conciencia abstractamente libre. Por eso se trata de una ciencia que necesita aparecer como si tuviera el fundamento de su objetividad puesto fuera de ella misma. Este fundamento tiene que aparecer surgiendo de una pura subjetividad abstractamente libre. Por lo tanto, tiene que aparecer puesto por una filosofía²⁹ y, más específicamente, por una filosofía basada en la apariencia de la libre individualidad propia de la circulación de las mercancías.³⁰

La teoría científica, o sea, la representación lógica, es esta contradicción resuelta. La teoría científica representa a las determinaciones reales tomando a las formas donde la necesidad se encuentra realizada, a las formas concretas, como si no fueran al mismo tiempo formas que llevan en sí una necesidad a realizar, formas abstractas. Pone así a las formas reales como formas incapaces de moverse por sí mismas. Desde este punto de vista, sólo cabe entre ellas una relación exterior. Es aquí donde la lógica formal entra en escena.

Puestas como incapaces de moverse por sí mismas, las formas reales quedan representadas como formas que se afirman bajo la apariencia de ser abstractas afirmaciones inmediatas. En consecuencia, la conciencia puede afirmarse como libre o puede afirmarse como enajenada. Pero resulta lógicamente un imposible que la conciencia enajenada se afirme mediante su propia negación bajo la forma concreta de conciencia libre.

En realidad, la apariencia de la abstracta afirmación inmediata corresponde a la determinación cuantitativa real considerada en sí. La teoría científica toma la lógica genuinamente necesaria para el conocimiento matemático, y la representa como la necesidad objetiva que relaciona cualitativamente a las abstractas afirmaciones inmediatas a las cuales han sido reducidas previamente todas las formas reales. La lógica matemática queda representada, así, como lógica formal. En base a ella, la teoría científica representa a las determinaciones reales abstractas por las relaciones de medida que guardan entre sí sus formas concretas. Esta representación permite regir conscientemente la acción sobre las formas reales: aunque se desconozca verdaderamente la necesidad real presente, es posible operar sobre la magnitud de las formas reales, transformando su cantidad hasta hacerla corresponder con la de una forma cualitativamente diferente. Con lo cual se ha transformando su calidad misma.³¹

Por su parte, la lógica materialista dialéctica toma a la misma abstracta afirmación inmediata como la forma más simple de la existencia real.³² Sólo que representa a cada una de estas afirmaciones como necesariamente unida con otra de igual carácter, que aparece como opuesta a la primera. Así, la conciencia del obrero se representa como la unidad, por una parte, de su conciencia libre y, por la otra, de su conciencia enajenada, en la constante lucha de una contra la otra. Pero cada uno de estos polos excluye absolutamente de sí al otro. El hecho de que la conciencia libre sea la forma concreta de la conciencia enajenada sigue siendo lógicamente inadmisibile.

²⁹ Hempel, Carl, *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 220.

³⁰ Popper, Karl, "La lógica de las ciencias sociales", en Popper, K. T. Adorno, R. Dahendorf, J. Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, Grijalbo, México, 1978, p. 18.

³¹ Hegel, G. W. F., *Ciencia de la lógica*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976, pp. 291-293.

³² Joja, Athanase, *La Lógica Dialéctica y las Ciencias*, Juárez Editor, Buenos Aires, 1969, p. 154.

El método científico como ideología

La teoría científica revoluciona una y otra vez el control humano sobre las fuerzas naturales, sobre la base de transformar las diferencias cuantitativas en diferencias cualitativas con conocimiento objetivo. Se diría que su desarrollo no tiene más límite que el control consciente de todos los procesos que atañen a la vida humana. Se diría, así, que la teoría científica es la forma necesaria de la organización consciente del proceso humano de metabolismo social. Sin embargo, la propia teoría científica ha descubierto ya su propio límite al respecto.

A partir de la representación de las formas concretas reales como abstractas afirmaciones inmediatas, la necesidad real que las determina sólo puede entrar en la representación lógica reducida al mayor o menor grado con que se presenta repetida la existencia de la forma concreta real en cuestión.³³ La propia teoría científica llega, entonces, a una conclusión lógicamente inevitable: dada la exterioridad de la necesidad lógica respecto de la necesidad real que se intenta apropiarse mediante el pensamiento, resulta imposible alcanzar la certeza de un conocimiento objetivo antes de actuar.³⁴ Por lo tanto, las teorías científicas no pueden ir más allá de interpretar la realidad de distintas maneras.³⁵ No son sino ideologías. Por más potente que la acción fundada en una teoría sea para transformar la realidad, ella es en sí misma la negación de la acción que conoce su propia necesidad de manera plena más allá de toda apariencia, en tanto se funda en una tal interpretación. No es de extrañar, entonces, que los propios teóricos acaben condenando al conocimiento científico, por determinación de su mismo método lógico, al terreno de las “utopías agotadas”, de las “grandes narrativas liberadoras”.³⁶ Cuando no, al de las pretensiones de “dominación totalitaria”, opresora de la libertad humana.³⁷ Al punto que, dar por sentada la determinación ideológica de todo conocimiento científico es presentada corrientemente como la crítica históricamente consciente irreductible a la actual forma general de éste.³⁸

La contradicción salta inmediatamente a la vista. Cualquier interpretación de una determinación real es, en sí misma, la negación del conocimiento de esa determinación que ha avanzado más allá de toda apariencia presentada por ella; la interpretación de la propia necesidad es la negación de su conocimiento objetivo pleno. Pero la organización consciente general de la vida social implica que el conocimiento objetivo por parte de cada miembro de la sociedad respecto de sus determinaciones como tal miembro, superando cualquier apariencia, se constituye en la relación social general. En consecuencia, tanto como el conocimiento científico esté condenado a la interpretación, la organización consciente general de la vida social está condenada a la imposibilidad. En otras palabras, tanto como la teoría científica sea la forma acabada del conocimiento científico, el socialismo/comunismo está condenado a la imposibilidad. Hasta al más descarado cretinismo apologético del capitalismo no le queda nada por pedir: por boca de los genuinos representantes del método científico, este mismísimo método declara que se ha alcanzado “el fin de la historia”, que “el futuro ya está aquí”.

³³ Hempel, Carl, *op. cit.*, pp. 233 y 255.

³⁴ Popper, Karl, *op. cit.*, p. 27.

³⁵ Habermas, Jürgen, “Teoría analítica de la ciencia y la dialéctica” en Popper, Karl, Theodor Adorno, Ralf Dahrendorf y Jürgen Habermas, *op. cit.*, p. 86.

³⁶ Lyotard, Jean-François, *La condición postmoderna*, Editorial REI, Buenos Aires, 1989, pp. 73 y 76-77.

³⁷ Durand, Jean Pierre, “Can we make our own history? The significance of dialectic today”, *Capital & Class*, 62, 1997, pp. 143-158.

³⁸ Adorno, Theodor, “Sobre la lógica de las ciencias sociales”, en Popper, K. T. Adorno, R. Dahrendorf, J. Habermas, *op. cit.*, p. 42.

Más aún, como el saber científico ha quedado reducido a una concepción ideológica cuya especificidad reside en su potencia represiva y dominadora, la irracionalidad anticientífica y la visión fragmentada pasan a festejarse como resistencias liberadoras que opone el “deseo” al saber opresor.³⁹ A la potencia transformadora de la acción plenamente libre -esto es, de la acción que conoce su propia necesidad superando toda apariencia- la representación teórica opone la negación misma de esta acción -esto es, la libre interpretación de la realidad-⁴⁰ como la consumación de la libertad humana. En la teoría científica, la ideología se presenta bajo la forma de su opuesto, esto es, del método científico.

La reproducción de lo concreto en el pensamiento, o sea, el conocimiento dialéctico

La crítica de la teoría científica no tiene cómo tomar cuerpo en la formulación de un nuevo paradigma lógico. En otras palabras, la crítica de la ciencia hoy universalmente dominante no toma cuerpo en la construcción de una nueva teoría, sino en la producción de una forma de conocimiento objetivo que supere a la teoría científica misma. No se trata de concebir una nueva representación de la realidad, condenada por su sola condición de representación a responder a una necesidad constructiva ajena a la necesidad real, a una lógica.

¿Qué hacer? Sólo cabe enfrentar la cuestión del qué hacer mismo de manera radical; esto es, a partir de enfrentarnos críticamente a las determinaciones de nuestra propia acción transformadora desde su raíz, desde la determinación de nuestro ser social, poniendo todo en duda.

La producción de la conciencia científica de la clase obrera respecto de su propia potencialidad histórica no es una cuestión abstractamente científica. Es un momento específico necesario de la acción política de la clase obrera en la lucha de clases. Mientras la conciencia científica de la clase obrera permanece prisionera del mismo método que opera como la conciencia científica de la simple producción de plusvalía relativa -o sea, prisionera de la representación lógica- es impotente para descubrir que, en el modo de producción capitalista, la libertad no es más que la forma concreta de la enajenación. Sin duda, la clase obrera avanza revolucionariamente sobre la base de esta conciencia detenida en las apariencias, centralizando el capital como propiedad directamente social. Más aún, en tanto este avance implica necesariamente su progresiva liberación del dominio de la burguesía, el mismo se le presenta como la confirmación práctica de que las teorías con que rige su acción son el producto de una conciencia puramente libre. Pero la propia producción de plusvalía relativa impone seguir desarrollando el control consciente sobre el trabajo social. Con lo cual empuja a la acción consciente de la clase obrera hacia la superación de toda limitación que pueda imponer sobre dicho control el detenerse ante una apariencia. Es en este proceso que, más tarde o más temprano, la clase obrera se enfrenta con la imposibilidad de seguir avanzando sin descubrir que su propia conciencia libre es la forma concreta de su enajenación como atributo del capital. Paso que sólo puede dar al apropiarse de sus determinaciones reproduciendo la necesidad de las mismas en el pensamiento. Esto es, cuando su acción respecto de la organización consciente del trabajo social necesita dejar atrás la exterioridad de la representación lógica para regirse mediante la reproducción de lo concreto en el pensamiento.

Cuando nos disponemos a adueñarnos idealmente de la necesidad de nuestra acción, nos enfrentamos con el objeto de nuestra acción como lo que éste es para nosotros en ese

³⁹ Foucault, Michel, *La arqueología del saber: las ciencias humanas en la episteme moderna*, Siglo XXI, México, 1997, p. 23.

⁴⁰ Rorty, Richard, *Philosophy and the Mirror of Nature*, Basil Blackwell, Oxford, 1980, p. 208.

momento: algo exterior. Nos enfrentamos pues con nuestro objeto por su exterioridad inmediata. Superamos la apariencia de esta exterioridad inmediata avanzando analíticamente sobre las formas abstractas de nuestro objeto. El análisis propio de la teoría científica separa a las formas abstractas según su grado de repetición. Se detiene, por lo tanto, en la exterioridad de las mismas. Por el contrario, el análisis que va a dar sustento a la reproducción de la necesidad real por el pensamiento separa a la forma concreta que enfrentamos, de la necesidad que lleva en sí como un otro cuya realización la determina. Vale decir, toma cuerpo en el descubrimiento de la forma abstracta (y como tal, necesidad a realizar) dentro de su forma concreta (y como tal, necesidad realizada). Por su misma forma, este análisis no puede detenerse hasta alcanzar a la forma real que no encierra en sí a un otro del cual brota su necesidad, sino que es, por sí misma y no por otro, necesidad de negarse como existencia abstracta para afirmarse como existencia concreta. Esto es, hasta que nos enfrentamos a la materia como simplemente tal.

El retorno hacia las formas concretas que sigue al análisis que se ha detenido en la exterioridad de las formas abstractas toma cuerpo, ineludiblemente, en el agregado de las formas no repetitivas -y en consecuencia antes excluidas- a la representación. Este proceso no cuenta con más necesidad a seguir que la puramente constructiva dictada por su lógica. De ahí la irreductible exterioridad de su resultado respecto de la necesidad real que la acción apunta a realizar. Por el contrario, la reproducción de la realidad por el pensamiento avanza siguiendo el desarrollo de la necesidad que la forma abstracta más simple lleva en sí. Tan pronto como esta forma abstracta realiza su necesidad, o sea se afirma como forma abstracta, se niega como tal forma abstracta para afirmarse como necesidad realizada, o sea como forma concreta. Pero esta forma concreta se niega inmediatamente como tal, afirmándose como una forma que lleva en sí una necesidad a realizar, o sea como una nueva forma abstracta. Acompañamos pues idealmente a nuestro objeto real en su propio desarrollo. Esta reproducción del desarrollo de la necesidad real mediante el pensamiento no tiene cómo llegar a su fin antes de alcanzar idealmente a una forma real cuya necesidad como potencia tiene a nuestra acción transformadora -determinada como una acción que ha necesitado seguir todo este camino para devenir una acción consciente- por forma necesaria de realizarse. Esto es, dicha reproducción no tiene cómo llegar a su fin hasta que nuestra acción puede descubrir a su propia forma concreta de acción consciente, o sea descubrirse a sí misma, como forma concreta necesaria de realizarse las potencias reales en juego. Por la forma de su método, la reproducción ideal de la realidad se encuentra determinada como conocimiento dialéctico.

La ciencia, o sea, la producción de la conciencia objetiva, se realiza así bajo una forma concreta que corresponde inmediatamente a su contenido: no cabe en ella más necesidad que la puramente propia del objeto. De modo que, desarrollada por el sujeto enajenado, no puede sino ponerlo a éste ante la evidencia de su propia enajenación, por más apariencia de libre subjetividad abstracta de la que parta. El desarrollo del conocimiento científico como modo de regirse la transformación de la sociedad actual en la de los individuos libremente asociados es, pues, la crítica de la teoría científica.

La ciencia del capital como pura forma de aniquilarse a sí mismo, o sea, la ciencia de la clase obrera

Por partir forzosamente de descubrir su propia condición histórica de conciencia enajenada, la conciencia dialéctica sólo es el producto del capital en tanto éste necesita aniquilarse a sí mismo en la organización consciente general del metabolismo social. Por lo tanto, el conocimiento dialéctico como crítica práctica sólo puede nacer como expresión inmediata del interés más general de la clase obrera; o sea, como expresión de las potencias de

ésta para abolirse a sí misma como clase al constituir la sociedad de los individuos libremente asociados. Recién como expresión de esta necesidad, es que el conocimiento dialéctico puede avanzar sobre las formas concretas inmediatas de la organización política del trabajo social realizado privadamente y de la transformación de las fuerzas naturales en instrumentos humanos. Pero, cuando lo hace, despliega en estos terrenos las potencias revolucionarias que le da su propia razón histórica de existir.

Por su determinación de partida, la producción de la conciencia dialéctica arranca bajo la forma de una acción política de la clase obrera que tiene por fin inmediato esta producción misma. De ahí que -a los ojos de los ideólogos del capital, que forzosamente conciben toda producción científica como un proceso de representación lógica-, la producción de la conciencia dialéctica aparezca arrancando como si fuera un proceso de abstracta producción teórica. Pero la conciencia dialéctica cuenta con un solo objeto concreto sobre el cual avanzar, aun para dar el primer paso en su desarrollo, a saber, la acción de la clase obrera en su lucha contra la clase capitalista a fin de expresar las necesidades inmediatas del capital social. Por lo tanto, el objeto concreto sobre el que arranca necesariamente el desarrollo de la conciencia dialéctica en pos de producirse a sí misma, torna inseparable este mismo fin respecto del verdadero fin de dicha conciencia en la sociedad actual: la organización consciente general de la acción de la clase obrera en la lucha de clases a través de la que el modo de producción capitalista se aniquila a sí mismo en su propio desarrollo. Lejos de ser una abstracta producción teórica, la producción de la conciencia dialéctica, o sea, la organización consciente de la propia acción mediante la reproducción de su necesidad en el pensamiento, es siempre, por la unidad de su forma y contenido, una producción de la práctica política concreta de la clase obrera. Por lo tanto, su producción tiene necesariamente la forma de una crítica práctica.

El capital, de Marx, es en sí mismo el desarrollo, realizado por primera vez y objetivado de un modo que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada de la clase obrera que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella. En *El capital*, esta conciencia se despliega hasta alcanzar sus determinaciones generales que conciernen a la acción revolucionaria de la clase obrera en la que dichas potencias históricas se realizan produciendo las condiciones materiales para la organización consciente -por lo tanto, libre- de la vida social.

Como forma concreta de la relación social general, la organización consciente de la vida social realizada por el conocimiento dialéctico es necesariamente tarea del obrero colectivo políticamente recortado por el avance en la transformación del medio en uno para sí en base a esta organización misma. Este obrero colectivo sólo se afirma en su unidad de tal respecto del proceso de conocimiento en tanto cada uno de sus miembros reproduce íntegramente la necesidad de la parte de la acción colectiva que, como tal miembro, ha de realizar. En consecuencia, dentro de este obrero colectivo no tiene cómo caber la separación entre la organización y la, en sentido estrecho, realización de cada acción; o sea, la separación entre el conocimiento de la necesidad de la acción y la ejecución de la acción en sí. Por decirlo de una vez, la acción regida bajo la forma de conocimiento dialéctico es la abolición real de la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

Hoy por hoy, la acción regida por el conocimiento dialéctico es forma concreta necesaria del capital. A su vez, el capital es la negación misma del proceso de metabolismo social conscientemente organizado. Sin embargo, por su mera forma objetiva, el conocimiento dialéctico lleva en sí, como necesidad que le es propia, aquella necesidad inherente al proceso de metabolismo social conscientemente organizado: el ser producto de los individuos libremente asociados. Sólo que, en el modo de producción capitalista, los individuos no tienen más modo de ser realmente libres que como portadores de una conciencia enajenada que

niega su propia enajenación; o sea, como negación de la negación de su libertad. Hasta porque la forma del conocimiento dialéctico determina necesariamente al sujeto social capaz de desarrollarlo como un sujeto enajenado que es libre por conocer su propia enajenación, este conocimiento pone en evidencia que únicamente es potencia del capital en tanto éste tiene, por necesidad histórica, el aniquilarse a sí mismo mediante el desarrollo de las condiciones materiales para la organización consciente general de la sociedad. Sólo porque se encuentra así determinado por su forma específica de reproducción pensada de lo concreto como producto de clase, como ciencia de la clase obrera, el conocimiento científico se libera de toda determinación ideológica.

La organización política portadora del desarrollo de la ciencia de la clase obrera hoy El Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP)

El avance en la producción de la conciencia enajenada que se reconoce en su enajenación es una tarea política concreta de la clase obrera que expresa sus intereses históricos generales. Más aún, esta producción es, en sí misma, el proceso de determinación de las formas que corresponden a la organización del partido político de la clase obrera que sea portador inmediato de las potencias superadoras del modo de producción capitalista. Sin embargo, el desarrollo actual de las fuerzas productivas de la sociedad dista de haber alcanzado el punto en que sólo pueda avanzar tomando la forma material de la acción política de la clase obrera regida mediante una conciencia que haya puesto al descubierto toda apariencia respecto de su propia determinación. Hoy día, ninguno de los partidos de la clase obrera existentes -desde los socialdemócratas hasta los que se definen a sí mismos como revolucionarios- se plantea tomar el poder del estado como expresión de una conciencia enajenada que se reconoce a sí misma como tal. Por el contrario, todos ellos ven este avance como la acción de una conciencia obrera plenamente libre. Y es de esta conciencia abstractamente libre respecto del capital, de donde se ven sacando sus potencias para superar el modo de producción capitalista.

En estas condiciones, lo primero que la acción de la clase obrera regida por una conciencia que se sabe enajenada necesita reconocer respecto de sus propias determinaciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad no ha alcanzado todavía el punto en que esta forma de conciencia se convierta necesariamente en la organizadora inmediata de la toma del poder del estado. Por lo tanto, la organización del partido político de la clase obrera basado en la conciencia en cuestión necesita tomar cuerpo hoy a través de una organización independiente que tenga como objetivo de su acción política inmediata el avance mismo en la producción colectiva de dicha conciencia. El CICP se inscribe en esta acción política colectiva.